

Es bien sabido, don Alfonso Reyes practicó obsesivamente una pasión: el humanismo. Y el humanismo fue para él —y para Henríquez Ureña— sinónimo de helénismo. En el tomo XX de sus *Obras completas* se incluye el “Andrenio”, comenzado en 1944, interrumpido por motivos de salud y terminado en 1955. El texto se define como algo sin sistema, como simples *divagaciones*. Reyes lo explica:

El título que se da a esta colección de páginas procede de *El críticón*, la novela filosófica de Gracián, donde un niño abandonado y criado por las fieras crece figurándose ser fiera, tema remotísimo que arranca del folclore...

Por aquella apartada isla de Santa Elena cae un náufrago, *Critilo*, y encamina poco a poco al muchacho, *Andrenio*, hacia su condición humana. *Critilo* viene a ser el Criterio; *Andrenio*, el Hombre.

En realidad, pocas veces alude don Alfonso, excepto en esa advertencia, a la obra de Gracián. Su texto no es una novela filosófica, es un conjunto de anotaciones respecto a la condición humana. Entre ellas, destacaré una que me interesa especialmente: la que pretende ahondar en la inteligencia humana y su evolución.

Reyes opina que el retardo en el desarrollo de la criatura humana le da al cráneo humano su eficaz conformación:

En suma, que el retardo hace del hombre un ser inteligente y social. Que la misma postura erecta emancipa al hombre de la baja orientación olfativa, y la sustituye por la orientación visual, tan propicia al desarrollo de las ideas. Al punto que, sin paradoja, la filosofía brotó de los ojos de los griegos, impenitentes mirones.

Y podemos aplicarle a don Alfonso el mismo calificativo; él fue también un “impenitente mirón”, quizá con una salvedad:

que su mirada fue preponderantemente una mirada dirigida a la lectura. ¿No empieza acaso su *Visión de Anáhuac* describiendo otras miradas atónitas que sólo vieron a América en las páginas de los historiadores del siglo XVI? Esas páginas “fijan el carácter de las tierras recién halladas, tal como éste aparecía a los ojos de Europa: acentuado por la sorpresa, exagerado a veces”, y ese carácter exagerado se hace cuerpo con don Alfonso, quien ahora mira con los ojos de “mirón impenitente” las pá-

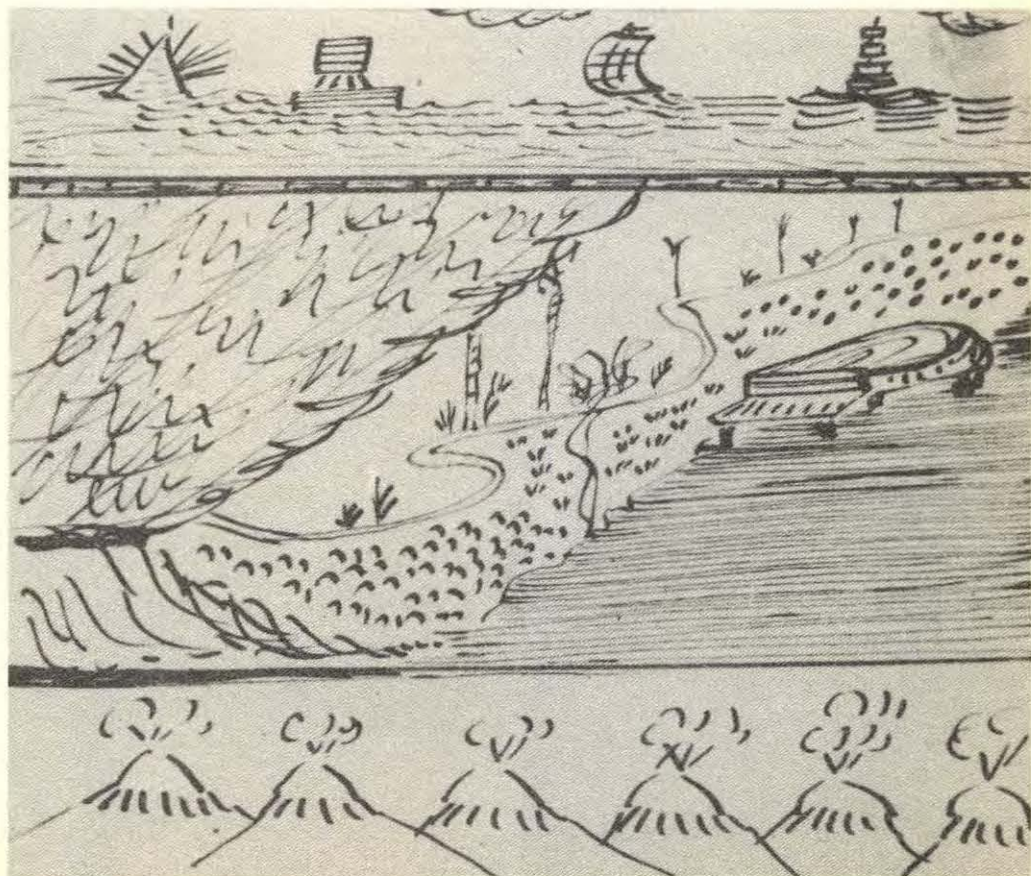
ginas del libro de Giovanni Battista Ramusio, *Delle Navigazioni et Viaggi*. En sus ilustradas páginas, “con encanto y profusión”, muchos viajeros de la mirada descubrieron a América, y Reyes conformó su *Visión de Anáhuac*. Finalmente, las estampas describen la vegetación de Anáhuac: “Deténganse aquí nuestros ojos: he aquí un nuevo arte de naturaleza”.

Es evidente, don Alfonso no pudo haber visto el Anáhuac que vio Cortés, pero sí conoció ese valle infinitamente prolonga-

Margo Glantz. Escritora, ensayista y traductora. Ha publicado la novela *Las mil y una calorías*, traducciones de Grotowski y de Thomas Kyd, y ensayos sobre literatura mexicana del siglo XX.

Una mirada profética: la Visión de Anáhuac Centenario de Alfonso Reyes

Margo Glantz



do por la transparencia del aire. La transparencia que subraya los objetos se traslada a la mirada lectora y los objetos descritos son la descripción: en ella campea el desastre, la desecación:

Esas plantas protegidas de púas nos anuncian que aquella naturaleza no es, como la del sur y las costas, abundante en jugos y vahos nutritivos. La tierra de Anáhuac apenas reviste feracidad a la vecindad de los lagos. Pero, a través de los siglos, el hombre conseguirá desecar sus aguas, trabajando como castor; y los colonos devastarán los bosques que rodean la morada humana, devolviendo al valle su carácter propio y terrible: en la tierra salitrosa y hostil, destacadas profundamente, erizan sus garras las garras vegetales, defendiéndose de la seca.

La visión de Anáhuac iniciada en las estampas de un libro pierde pronto su origen amable para transformarse en una visión profética, apocalíptica:

Abarca la desecación del valle desde el año de 1449 hasta el año de 1900. Tres razas han trabajado en ella, y casi tres civilizaciones... Es la desecación de los lagos como un pequeño drama con sus héroes y su fondo escénico...

En este instante la mirada de don Alfonso se traslada de sitio: es teatro dentro del teatro; la desecación y su proceso se sintetizan en un drama, *El semejante a sí mismo*, de Juan Ruiz de Alarcón, otro mexicano universal:

A la vista de numeroso cortejo, presidido por virrey y arzobispo, se abren las esclusas: las inmensas aguas entran cabalgando por los tajos. Ése, el escenario. Y el enredo, las intrigas de Alfonso Arias y los dictámenes adversos de Adrián Boot, el holandés suficiente... Semejante al espíritu de sus desastres, el agua vengativa espía de cerca a la ciudad; turbaba los sueños de aquel gracioso y cruel, barriendo

sus piedras florecidas; acechaba, con ojo azul, sus torres valientes.

Protegido así por los textos de los otros, la mirada de don Alfonso se estabiliza y su pluma —que alguna vez en su edad temprana se ocupara del paisaje en la literatura mexicana y del *Idilio salvaje* de Othón— empieza a trazar con rasgos seguros y directos la reiterada comparación: podríamos asegurar que ahora mira a través de los ojos de los cronistas y, como ellos, exalta las semejanzas y las diferencias:

El viajero americano está condenado a que los europeos le pregunten si hay en América muchos árboles. Le sorprenderíamos hablándonos de una Castilla americana más alta que la de ellos, más armoniosa, menos agria seguramente..., donde el aire brilla como espejo y se goza de un otoño perenne. La llanura castellana sugiere pensamientos ascéticos: el valle de México, más bien pensamientos fáciles y sobrios. Lo que uno gana en lo trágico, la otra en plástica rotundidad.

Don Alfonso habla de memoria: escribe en Madrid, en 1915. Está recordando como Bernal, y como él resalta para entenderlas las dos naturalezas: como si la mirada pura, suspendida sobre la opacidad del recuerdo, fuese estéril si no se apoyara en otra mirada. Los ojos de "mirón impenitente" de don Alfonso miraron el mundo a través del helenismo, y cuando predijo el desastre de la región más transparente del aire su mirada se duplicó: el carácter de nuestra América se define para él desde la perspectiva visual con que nos miraron los cronistas.

